

Queridos hermanos y hermanas,

Realmente sorprende un poco el cambio que nos propone la liturgia: ayer celebrábamos la Epifanía, contemplábamos como los magos de oriente adoraban al niño Jesús, y hoy celebramos el bautismo de Jesús ya adulto.

Vamos a explicarlo. Fijaos que en las misas que hemos celebrado se nos ha venido remarcando insistentemente una idea: Jesucristo es el Mesías, el Salvador, el Hijo de Dios. En el anuncio del arcángel a María, en el anuncio del ángel a los pastores, en la adoración de los magos de oriente, en las palabras de Simeón. En tantos textos litúrgicos que hemos leído.

Y hoy esto llega a su culmen cuando Dios Padre al salir Jesús del agua pronuncia las palabras: *"Tu eres mi Hijo amado, mi predilecto"*.

¡Esto es importantísimo!, por eso la liturgia insiste tanto. Este es el fundamento de nuestra fe: no es sólo un hombre el que ha nacido, si es sólo un hombre "apaga y vámonos". Y la Iglesia sería el mayor engaño de la historia. Y yo estaría inútilmente desperdiciando mi vida. Si Jesús es Dios esto es crucial. Importantísimo.

Si él es el Hijo de Dios, si Dios se ha hecho hombre en Jesucristo es para algo importante y significativo. No viene para pasearse un rato. No viene para ver como ha quedado la creación. No viene para darnos cuatro sabios consejos y ya está. Viene para comunicarnos su vida. "Yo he venido para que tengáis vida y vida abundante". ¡Viene para bautizarnos con su espíritu!!

Seguro que para todos nosotros el bautismo queda como un hecho del pasado. Un sacramento que recibimos siendo niños. Hoy se nos propone contemplar el Bautismo de Jesús para profundizar en nuestro propio bautismo. Cuanto mejor entendamos el significado de nuestro Bautismo mejor podremos vivir nuestra vida cristiana.

Lo mismo que vemos que pasa en el bautismo de Jesucristo, es lo que pasó el día de nuestro bautismo.

Jesús es bautizado y se abre el cielo, bajó sobre él el Espíritu Santo en forma de paloma, y se oye la voz del Padre que dice. *"Tu eres mi Hijo amado, mi predilecto"*.

En nuestro bautismo cuando el sacerdote nos echó el agua en la cabeza y nos bautizó, aunque no se vió, el cielo se abrió, el Espíritu Santo descendió sobre

nuestro y se quedó en nosotros, y el Padre del Cielo nos dijo: *"tu eres mi hijo amado, mi predilecto"*.

¡Es muy impresionante! Somos profundamente amados por el Padre. ¡Pide un acto de fe! ¡Es una verdad revelada, la tenemos que creer!. Ser hijos amados del Padre es nuestra verdadera identidad. Tu vida cambiará si te lo crees.

Pero, me centro en el tema del Espíritu Santo. El día de nuestro bautismo recibimos el mismo principio vital que tenía Jesucristo. Jesucristo actúa en todo movido plenamente por el Espíritu Santo. El Espíritu Santo está llamado a ser también nuestro principio vital (motor de nuestros actos).

Cristo no sólo nos dice cómo hemos de vivir, sino que nos da la fuerza para poder vivir como él. Jesucristo es mucho más que un modelo de conducta, él nos da el mismo Espíritu que le movía a Él.

La salvación que nos trae Cristo no es sólo una ética, unas normas de comportamiento. Es una fuerza interior. Su misma fuerza. Que nos posibilita vivir con facilidad como él vivía.

Y en nuestro Bautismo recibimos por primera vez su Espíritu Santo. Y cuando participamos bien de la misa crece en nosotros la presencia del Espíritu Santo y cuando rezamos... y cuando meditamos la Palabra de Dios..., y cuando nos confesamos, ...

Acabo ya, nuestro problema es querer ser cristianos sin contar con el Espíritu Santo. Entonces, serlo se convierte en una cosa difícil, pesada e imposible. "Sin mi no podéis nada...".

Por el bautismo y con nuestra vida de piedad recibimos el Espíritu Santo que nos cambia interiormente y nos lleva a vivir la vida movidos por el Espíritu del Señor. ¡Amén!